

BOGOROCK:

Otras formas de participar y ser en la ciudad.

Carlos Arturo Reina Rodríguez¹





Este año se llevó a cabo una edición más de *Rock al Parque*. Quince años después de iniciado uno de los festivales más importantes de Latinoamérica son muchos los aspectos que llevan a pensar en éste como un escenario donde al menos dos generaciones se encuentran al ritmo de uno de los géneros más populares e importantes de la historia de la humanidad, tanto como fenómeno sociocultural como económico y desde luego político. Año tras año, los gobiernos distritales se esfuerzan por llevar más gente, por animar al público sobre todo joven a participar y por traer algunas de las más rutilantes bandas que giran en torno a este género musical o que por lo menos suenan a él. ¿Como así? Entonces ¿no todo lo que pasa por rock al parque es rock?. En efecto. De hecho, algunas de ellas, como en esta ocasión Eli Guerra, nada tienen que ver con el rock.

Vayamos aclarando. Por un lado, está el evento que se denomina *Rock al Parque* y que, en sus primeras ediciones se apoyó sobre todo en los géneros más underground, como el heavy metal, el hard core y el punk,



que hoy ocupan sólo un día, por lo general el primero del festival. Allí hay rock. Cientos de metaleros, hardcoreeros, punkeros, invaden el parque para escuchar a las bandas locales y las bandas invitadas. Se respira rock, se vive rock, se ve rock, se escucha rock and roll en todas sus versiones. Los siguientes días se distribuyen entre bandas de reggae, ska, electrónica y otras, que no son rock aunque integren algunas veces algo de eso.

En efecto el reggae es otra cosa, no suena a rock, sus estéticas, hasta sus líricas, y mucho más sus ritmos son completamente distintos. No obstante, también se llenan los escenarios con una gran cantidad de gente que ve en el evento una ocasión para pasarla bien, gozarse la música y en últimas para

Página anterior.

1 Profesor de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas y experto en Rock and Roll.

El efecto va más allá. Hay bandas que simplemente ya no se presentan. No hay caso pues al parecer la repitencia de agrupaciones es una constante que si bien no es malo, deja por fuera a otras tantas propuestas que valen la pena. No por algo se habla de una “rosca al parque”.

disfrutar de un evento gratuito, lo cual no está mal pues para eso es el festival.

Sin embargo, más allá de si es o no rock, aparecen otros interrogantes. ¿Hay rosca?. En el conversatorio previo realizado por algunos miembros de las bandas en la biblioteca El Tunal, el día sábado en la mañana, un integrante de PORNOMOTORA respondió con un sí contundente, a la pregunta de la existencia de una “rosca” para que ellos hayan estado en varias ocasiones en el festival. Esa respuesta desconcierta no solo a quienes están fuera de la organización del evento sino a las bandas que se esfuerzan, participan y se presentan para que por lo menos alguien las escuche y sean tenidas en cuenta para las eliminatorias. El efecto va más allá. Hay bandas que simplemente ya no se presentan. No hay caso pues al parecer la repitencia de agrupaciones es una constante que si bien no es malo, deja por fuera a otras tantas propuestas que valen la pena. No por algo se habla de una “rosca al parque”.

Por otro lado, están las bandas que han asistido a los festivales. Para sus hojas de vida, ha sido algo importante pero esto no les asegura un contrato ni mayor apoyo de parte de una industria discográfica que tampoco ve al rock hecho en Colombia como una mayor opción de ventas. Muchas de

esas agrupaciones han seguido sus vidas de manera normal, grabando en estudios de bajo presupuesto y apostándole a su música a sabiendas de que en este país, vivir de ella solo es posible para unos pocos en cualquier género musical. En el caso del rock es claro. ¿Cuántas bandas colombianas han sobrevivido a los boom comerciales y a los embates del mercado? Enumero algunas, que quizás sean todas: ATERCIOPELADOS, MASACRE, REENCARNACION, LA PESTILENCIA, KRAKEN, NEUROSIS, IRA. Todas ellas tienen cerca de 20 años y se puede decir que todas son a su vez proyectos personales pues como agrupaciones sus integrantes originales ya se han marchado. Entonces hablamos de Andrea Echeverry, Héctor Buitrago, Elkin Ramírez, Dilson D, Alex Oquendo, Jorge Mackenzie y Víctor Raúl Jaramillo. Estos son los titanes que han sostenido a las anteriores bandas mencionadas. No hay más. La siguiente generación de bandas nacieron después del final del “boom” del llamado “Rock en español”, fenómeno comercial del cual no queda ninguna banda con vigencia y relevancia en los escenarios roqueros. De todas las anteriores, solo REENCARNACION no ha pisado el escenario de rock al parque. ¿Y las otras bandas que han participado? ¿Cuántos Cds han sido producidos gracias a rock al parque? Ninguno. Apenas este año se hizo un Cd recopilatorio y eso con las bandas invitadas del exterior.

A pesar de ello y aunque se exhorta para que a la par se lleven a cabo eventos de carácter académicos, estos no pasan de ser conversatorios hechos para músicos, productores independientes y pequeños empresarios, pero no para la masa de asistentes, que no se entera, no se integra y no se encuentra en dichos eventos. Apenas este año, la red de Bibliotecas organizó de manera indepen-





¿Cuál es el problema? Simplemente que la plaza de eventos no está diseñada para albergar a más de 30.000 personas. Tampoco hay acústica y la incomodidad por el diseño de los andenes transversales es evidente. Aún así, no hay mayor solución a la vista, salvo trasladar o construir un lugar de eventos en otro lugar, quizás a las afueras de la ciudad.

diente pero tomando como excusa los 15 años del festival, una serie de conversatorios con Lucho Barrera, Andrés Durán y Carlos Reina, en las tres bibliotecas principales, Virgilio Barco, El Tintal y El Tunal, con una asistencia plena, donde incluso algunos asistentes quedaron por fuera. Ese ha sido un buen punto a favor de la red de Bibliotecas, que deberían tener en cuenta los organizadores del festival. Igualmente en estos lugares se hicieron exposiciones acerca de los 15 años con algunas muestras, guitarras, objetos cedidos por las bandas y documentales que se pasaban de manera frecuente.

Por otro lado, está el problema del espacio. Si bien han sido 15 años, de los cuales algunos se llevaron a cabo en parques y escenarios distintos como el parque Olaya o la Media Torta, las quejas de los vecinos van en aumento, ante el problema de movilidad que genera el desplazamiento de equipos, asistentes, fanáticos y demás. Sectores de la sociedad se expresan de manera negativa ante el incesante peregrinar de unos y otros

ciudadanos jóvenes que son observados bajo la lupa de la moral para esperar la más inquietante señal de equivocación e iniciar las acusaciones a cuanto evento se lleva en el escenario del parque Simón Bolívar. ¿Cuál es el problema? Simplemente que la plaza de eventos no está diseñada para albergar a más de 30.000 personas. Tampoco hay acústica y la incomodidad por el diseño de los andenes transversales es evidente. Aún así, no hay mayor solución a la vista, salvo trasladar o construir un lugar de eventos en otro lugar, quizás a las afueras de la ciudad. Esto es un problema de orden político y presupuestal, para lo cual no se han dado mayores discusiones.

Ahora bien, está la forma como algunas instituciones educativas han tomado al festival como un laboratorio social para tratar el tema de lo que muchas de ellas denominan como “tribus Urbanas”. El término que acoplaron entre otros académicos como Maffesoli, no sólo ha sido sobredimensionado sino que sufrió del abusó por completo del mismo. Eso que en su momento sirvió para denominar las formas de vestirse, los gustos ligados principalmente a la música y a los deportes, se convirtió con el tiempo, en la





excusa para estigmatizar a los jóvenes. Por ejemplo, si un joven viste de negro, escucha rock y tiene el cabello largo, inmediatamente se cataloga como marihuanero, satánico y en últimas drogadicto y vago. Lo mismo ocurre con otras expresiones estéticas de los jóvenes.

Por un lado, señalar que los jóvenes se pueden leer a partir de sus estéticas, de las jergas, de sus territorios, no solo son apreciaciones parciales sino muy superficiales. Una “tribu urbana” señalaría en el mejor de los casos, algún sentido de pertenencia y de identificación societal frente a otros grupos que plantearían diferencias sustanciales al punto de resultar en algunos casos, contradictorias.

No obstante, es muy fácil encontrar a jóvenes -y no tan jóvenes- vistiendo una camiseta de DIMMU BORGIR, IRONMAIDEN o AC/DC que pudo adquirir en cualquier tienda, no necesariamente de rock, solo porque la imagen, el estampado les gustó, lo que no implicó el deseo de pertenecer o identificarse con la banda. Es más, en ocasiones ni siquiera se es conciente de qué se trata o qué dice

la escritura gótica de la misma, lo que desde luego para un buen roquero, no es más que una afrenta derivada de los modernos bucaneros de los emblemas del rock, que no solo lo plasman en camisetas, sino que además los usan en logos de barras de equipos que poco o nada tienen que ver con la banda de la que toman el logotipo.

Igualmente podemos encontrarnos con jóvenes mechudos, vestidos de negro, con muñequeras y demás, lo que sería propio de un metalero y sin embargo una vez preguntado, afirman que les gusta la salsa y que se visten así porque les parece “chevere”, porque el cabello largo lo hace ver juvenil o porque así se fijan más las chicas. De la misma manera, encontrar en oficinas, sujetos con el cabello corto, corbata y vestido de traje, y declararse en el fondo seguidor acerrimo de BATHORY, VENOM o cualquier otra banda de culto en el mundo del rock. La pregunta es ¿A cuál de los dos encasillamos como miembro de una tribu urbana y en cuál lo inscribiríamos? seguramente al primero lo ubicamos dentro de los metaleros con toda su parafernalia y al segundo como un joven del sistema, al que



Al contrario, hablar de comunidades de sentido implica leer las formas como los sujetos dimensionan y construyen simbólicamente sus espacios y sus vidas, más allá de esas expresiones ligadas a las modas y a las copias de artistas mediatizados previamente. Una comunidad de sentido se mide a partir de lo que el sujeto sabe, conoce previamente acerca de un movimiento.

seguramente le gusta la rumba y la música más tropical. La conclusión de acuerdo a lo anterior, es que simplemente no hay tribu, pues se puede ser, se puede comprar la estética, se puede ir a un concierto de IRON MAIDEN, impulsado por los códigos mediáticos que señalan que es un gran espectáculo y no porque se conozca qué es y quienes son los integrantes de la banda.

Precisamente en *Rock al Parque* pude evidenciar algo de esto cuando observé como varias personas que lucían sus camisetas con estampados de MORBID ANGEL, abandonaban el concierto donde en ese mismo instante se presentaba la banda. Algunos expresaban que simplemente no conocían la banda y que el estampado les parecía provocador y por eso compraron la camiseta, pero que en el fondo no habían escuchado a la banda y que una vez se dieron cuenta de qué se trataba, no les interesó, aunque seguirían luciendo la camiseta. Por eso abandonaron el concierto. Esto es, la estética se compra como la música, como la posibilidad de ir a un territorio particular, zona de bares de rock y demás, escuchar música, normalmente las mismas bandas que siempre ponen en los

bares, las de las bandas comerciales y más conocidas, y salir de allí para luego ir a escuchar salsa, merengue o cualquier otro ritmo, y finalmente hacer uso de un territorio, pero no sentirse parte de ninguno de los escenarios en donde transitó momentos antes.

Por ello me sorprende cada vez que leo en un periódico, veo en un noticiero o alguien comenta como le dejaron en el colegio un trabajo sobre tribus urbanas, porque no dejo de pensar que siguen mirando a los jóvenes por la superficialidad que se expresa en una moda, en unos collares, en unos aditamentos, y no por lo que es en sí el sujeto que se encuentra detrás de ello. La estética es importante, como la jerga, como los territorios, pero estos no dicen quienes son los sujetos. Estos posiblemente son otra cosa, y allí está precisamente la naturaleza de oponerme al uso de este término. Una “tribu urbana” mira la superficialidad de una sociedad y de unos sectores que pueden hacer uso de ellas pero que se esquematizan de manera apresurada por quienes intentan leer la sociedad de una manera sistemática.

Al contrario, hablar de comunidades de sentido implica leer las formas como los sujetos dimensionan y construyen simbólicamente sus espacios y sus vidas, más allá de esas expresiones ligadas a las modas y a las copias de artistas mediatizados previamente. Una comunidad de sentido se mide a partir de lo que el sujeto sabe, conoce previamente acerca de un movimiento. Es decir, se trata de lo que el sujeto reconoce, de la expresión libre de poder afirmar, que escogió determinada estética, gusto musical y demás, por el hecho de saber y asumir la responsabilidad que le atañe ser parte de una red de códigos y de símbolos que no todos los que se encasillan dentro de una “tribu urbana” conocen ni les interesan. Por eso, también estas tribus





se asumen como pasajeras, ya que los sujetos mudan de expresión identitaria y para quienes piensan en tribus urbanas, estos jóvenes aparecen como metaleros, mañana pueden ser unos punkeros, unos góticos todos ellos expresiones del rock and roll, que finalmente es uno solo con manifestaciones distintas), o skater, flogger, emo o un cristiano arrepentido de un pasado identitario que apenas reconoció y vivió.

Por otro lado, la hibridación de las expresiones estéticas complica más las cosas. Se encuentra jóvenes que se asumen como roqueros que forman parte de barras de fútbol, que a la vez son cristianos y que en otros espacios se asumen de acuerdo al contexto. Una expresión más de lo que Touraine expresa en torno a la fragmentación del yo y la muerte del mismo para asumir expresiones temporales que siguen los ritmos de los cambios que se presentan a un nivel mucho más global. Así que, si se trata de describir modas, estéticas y otros referentes superficiales al cuerpo, pero además, temporales, entonces dejemos que hablen de tribus urbanas, pero si lo que queremos es saber qué piensan los jóvenes, como ven su mundo, en últimas, quienes son, entonces pensemos en

comunidades de sentido que dan significaciones a sus vidas, de la forma como el rock nos ha atravesado a muchos para levantar la bandera de lo que creemos, vivimos y sentimos más allá de los estereotipos y clichés del mercado y de los medios. Por eso no creo que el rock, que el metal sean parte de una tribu urbana, más bien son comunidades de sentido nacidas en el contexto de un mundo caótico cuyo intento de modernidad entra en crisis. Eso lo vemos, lo sentimos y lo expresamos en la música, pero también en el lenguaje mismo de los actos a través de los cuales el rock sirve como ejercicio y como ventana para ver y entender el mundo. Y esto va más allá de una tribu. Es puro rock and roll en las venas.

Esa es la esencia de un rock al parque, un espacio donde se encuentran significaciones de una escena que se transforma constantemente y que debe ir más allá de los artistas de turno, para construir un sentido de ser y pertenecer a una comunidad de sentido que en últimas, señala la constitución de una ciudadanía plena donde el joven, el asistente, el roquero, se encuentra en perspectiva no solo de su acción como espectador, sino de la posibilidad de ser un actor que decide, parti-





cipa, se forma y establece desde sí mismo y desde espacios como este, sentidos críticos que traspasan los lenguajes formales para avanzar hacia escenarios donde la música, el rock and roll, vierten su majestuosidad en posibilidades críticas de asumir la vida, la cotidianidad y la vida. Sea este escena-

rio también para que ese ciudadano que se construye de manera permanente encuentre un sentido que vaya más allá de los clichés tradicionales, para encontrar en la música el sentido de ser y vivir, bajo el estribillo que apuntará en su momento la agrupación KRAKEN “Vivir y morir siendo libre”.

✖

